

LA VIDA DE LA GRACIA

La vida nueva originada por la gracia en el cristiano no es una existencia común a todos los hombres, sino una vida especial y exclusiva de los que creen en Cristo, de aquellos *que nacen no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios*¹. Para entender de alguna manera la grandeza de esta nueva existencia, conviene considerar el designio eterno de Dios, que ha querido comunicar a los hombres no sólo la vida natural, sino la sobrenatural: su misma vida divina, íntima y común a las tres divinas Personas.

Dios Padre es la fuente inagotable de toda vida y perfección. El engendra eternamente al Hijo, imagen viva de su sustancia, esplendor perfecto de su gloria, espejo sin mancha en el que se refleja toda la majestad de Dios². Desde la eternidad contempla el Padre a su Hijo y el Hijo contempla al Padre, en un inacabable diálogo de amor. *Tú eres mi Padre*³, dice el Unigénito en un acto pleno de entrega; y Dios Padre, henchido de amor, se entrega también a su Hijo y le repite: *Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado*⁴. Este mutuo don del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo, Tercera Persona de la Santísima Trinidad, procedente de las dos primeras: vínculo de unión, *lazo de amor entre el Padre y el Hijo*⁵, sello divino de la vida íntima de Dios. La infinita e inacabable felicidad del Omnipotente se resume en esta donación eterna y amorosa de las tres divinas Personas.

(1) *Ioann.* I, 13;

(2) *Cfr. Hebr.* I, 3;

(3) *Ps.* LXXXVIII, 27;

(4) *Ps.* II, 2;

(5) Homilía *El Corazón de Cristo, paz de los cristianos*, 8-VI-1966;

Por un querer eterno y gratuito de su voluntad, Dios llama a los hombres a *llegar en el cielo a la contemplación y al gozo de su Trinidad en la Unidad*. Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ha pasado por el corazón del hombre, lo que tiene Dios preparado para aquellos que le aman (I Cor. II, 9) ⁶. Y como sólo el Hijo es objeto de las complacencias paternas ⁷, Dios Padre nos ha predestinado a ser hijos adoptivos suyos por medio de Jesucristo ⁸. Fuera de Jesús no es posible entrar en la intimidad de la vida divina: *nadie va al Padre sino por Mí* ⁹, de manera que *la plenitud de Dios se nos revela y se nos da en Cristo, en el amor de Cristo, en el Corazón de Cristo* ¹⁰.

Mediante la regeneración espiritual del bautismo, el cristiano ha sido injertado en Cristo y ha comenzado a vivir su misma vida: *todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo* ¹¹. Entre El y nosotros se ha establecido una comunión de vida muy distinta de la que une a los miembros de la sociedad humana. La unión del cristiano con Cristo es tan profunda que transforma radicalmente su existencia, y hace posible que la vida de Dios se desarrolle como algo propio en el interior de cada alma. La Sagrada Escritura la compara a la unión que hay entre el cuerpo y la cabeza ¹², entre la vid y los sarmientos ¹³, pues una misma sangre y una misma savia recorre la cabeza y los miembros.

No hay más que una raza en la tierra —escribe el Padre—: la raza de los hijos de Dios. Todos hemos de hablar la misma lengua, la que nos enseña nuestro Padre que está en los cielos: la lengua del diálogo de Jesús con su Padre, la lengua que se habla con el corazón y con la cabeza, la que empleáis ahora vosotros en vuestra oración. La lengua de las almas contemplativas, la de los hombres que son espirituales, porque se han dado cuenta de su filiación divina ¹⁴.

La adopción divina graba en cada hombre los rasgos del Unigénito, haciéndole hermano de Jesucristo, miembro vivo de su Cuerpo Místico, y otorgándole el derecho a recibir los bienes imperecederos.

(6) Carta *Fortes in fide*, 19-III-1967 n. 58;

(7) Cfr. *Matth.* III, 17; XVII, 5;

(8) *Ephes.* I, 5;

(9) *Ioann.* XIV, 6;

(10) Homilía *El Corazón de Cristo, paz de los cristianos*, 8-VI-1966;

(11) *Galat.* III, 27; Cfr. Concilio II de Oran-

ge, año 529, can. 24, D. 197 (394); Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 7, D. 800 (1530);

(12) Cfr. I *Cor.* XII, 12-27;

(13) Cfr. *Ioann.* XV, 1-6;

(14) Homilía *El triunfo de Cristo en la humildad*, 24-XII-1963;

*La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños*¹⁵.

Cuando un hombre adopta a otro por hijo, le da su apellido, le ofrece su cariño, le concede el derecho a recibir su herencia, pero no es capaz de comunicarle su propia naturaleza ni su propia vida. La adopción humana es algo externo: no cambia a la persona ni le añade ninguna perfección intrínseca. La adopción divina, por el contrario, trasciende el orden natural y el concepto común de adopción: se trata de un nuevo nacimiento que produce un verdadero cambio en la naturaleza de quien es adoptado. *Carísimos* —escribe San Juan—, *nosotros somos ya ahora hijos de Dios*¹⁶. No es una usurpación de un título, ni una ficción, *porque el mismo Espíritu de Dios está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*¹⁷. Es una gozosa realidad que hace exclamar al Apóstol: *ya no sois extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios*¹⁸.

Esa nueva cualidad que Dios pone en el hombre cuando le asemeja a su Unigénito y, adoptándole como hijo, le introduce en la intimidad de la vida divina, es la gracia santificante.

LA GRACIA SANTIFICANTE, PARTICIPACIÓN DE LA NATURALEZA DIVINA

La fuente inmediata de esta nueva vida es Cristo, que ha llevado a cabo el designio salvador de Dios Padre de *hacernos conformes a la imagen de su Hijo*¹⁹. Como *primogénito entre muchos hermanos*²⁰, Cristo ha dado ya cumplimiento, en su naturaleza humana, a todas las promesas que nos habían sido hechas. *Por Jesucristo* —escribe San Pedro—, *Dios nos ha dado las grandes y preciosas gracias que había prometido*,

(15) Homilía *La conversión de los hijos de Dios*, 2-II-1952;

(16) 1 *Ioann.* III, 2; Cfr. Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 5, D. 792 (1515); decr. *De iustificatione*, cap. 2, 4, D. 794 y 796 (1522 y 1524); San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, prop. 13 y 42, D. 1013 y 1042 (1913 y 1942); Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, prop. 23, D. 1523

(2623); Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 3, D. 1793 (3012); Pío XI, enc. *Divini Redemptoris*, 19-III-1937, (D. 3771);

(17) *Rom.* VIII, 16;

(18) *Ephes.* II, 19; Cfr. Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 10, D. 803 (1535);

(19) *Rom.* VIII, 29;

(20) *Ibid.*;

para hacernos partícipes por medio de estas mismas gracias de la naturaleza divina²¹.

La gracia santificante es una participación en la naturaleza divina, a modo de nueva naturaleza —de orden sobrenatural— con la que Dios reviste a los justos haciéndoles capaces de vivir su misma vida. Es por tanto una realidad interior, *una divina cualidad infundida en el alma, y una especie de resplandor y luz que limpia todas las manchas de nuestras almas y las torna hermosísimas y muy brillantes*²². Esta gracia es la que junta nuestra alma con Dios en un estrechísimo lazo de amor²³. La Sagrada Escritura la compara a una prenda que Dios pone en los corazones de los fieles²⁴, a un manantial de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna²⁵, a una semilla que echa sus raíces en el interior del hombre: *todo el que ha nacido de Dios no comete pecado, porque su semilla permanece en él*²⁶.

La gracia santificante, como realidad inherente en la naturaleza humana, no es un don transitorio —a diferencia de la gracia actual—, ni consiste formalmente en la obediencia a los mandamientos, sino que es un principio permanente de vida sobrenatural²⁷, un hábito o disposición estable radicado en la esencia misma del alma, de manera que quien lo recibe *puede en adelante vivir bien y obedecer a los mandamientos*²⁸. A causa de su estabilidad y permanencia —aunque puede perderse por el pecado mortal—, recibe también el nombre de gracia habitual.

Esta gracia es una realidad creada por Dios. La primera creación —explica Santo Tomás— tuvo lugar cuando las cosas fueron producidas por Dios de la nada según su naturaleza, y entonces la criatura era nueva. Pero el pecado la envejeció, con lo que se hizo necesaria una nueva creación por la que fuesen reproducidas en el ser de la gracia. Ahora bien, esta producción proviene de la nada, ya que quienes carecen de la gracia son nada²⁹... Por tanto, es claro que la infusión de la gracia es una nueva creación³⁰. Por eso, la gracia santificante no debe confundirse con la naturaleza divina ni con el Espíritu Santo. Así se deduce de la definición del Concilio Tridentino, cuando afirma

(21) II Petr. I, 4;

(22) Catecismo de San Pío V, p. II, cap. II, n. 50;

(23) Ibid., p. I, cap. IX, n. 8;

(24) Cfr. II Cor. V, 5;

(25) Ioann. IV, 14;

(26) I Ioann. III, 9;

(27) Pío XI, enc. Casti connubii, 31-XII-1930, D. 2237 (3714);

(28) San Pío V, bula Ex omnibus afflictionibus, 1-X-1567, prop. 42, D. 1042 (1942);

(29) Cfr. I Cor. XIII, 2;

(30) Santo Tomás, In II epist. S. Pauli ad Cor., lect. IV, n. 192;

que la única causa formal (de la justificación) es la justicia de Dios, no aquella por la que El es justo, sino aquella por la que nos hace justos a nosotros³¹.

Por ser una realidad creada y distinta de Dios, la gracia santificante es don propio de cada fiel, que puede aumentar o disminuir a tenor de la voluntad divina y de las disposiciones personales³². *Tanta diferencia hay —escribe San Agustín— entre la luz que ilumina y aquello que es iluminado, entre la sabiduría que crea y la que ha sido creada, como entre la justicia justificante y la justicia producida por la justificación*³³.

La gracia es, por tanto, una participación limitada de la naturaleza divina, una imitación imperfecta del Ser perfectísimo de Dios; pero siendo un principio de operaciones divinas, el hombre en estado de gracia es verdaderamente semejante a Dios, aun sin dejar de ser criatura: *Yo dije: sois dioses, todos vosotros sois hijos del Altísimo, pero moriréis como hombres, caeréis como cualquiera de los príncipes*³⁴.

La gracia no violenta la naturaleza, sino que la supone y perfecciona. *El orden sobrenatural... no sólo no destruye ni merma el orden natural..., sino que lo eleva y perfecciona, y ambos órdenes se prestan mutua ayuda y como complemento respectivamente proporcionado a la naturaleza y dignidad de cada uno, precisamente porque uno y otro proceden de Dios, el cual no puede contradecirse: perfectas son las obras de Dios, y rectos todos sus caminos*³⁵⁻³⁶. Por lo tanto, el verdadero cristiano, lejos de renunciar a las obras de la vida terrena o menguar sus facultades naturales, más bien las desarrolla y perfecciona coordinándolas con la vida sobrenatural, hasta el punto de ennoblecer la misma vida natural y de procurarle un auxilio más eficaz, no sólo de orden espiritual y eterno, sino también material y temporal³⁷.

Confortado y elevado al orden sobrenatural por la gracia santificante, el hombre puede conocer las perfecciones íntimas de Dios ya en esta tierra y vivir la misma vida divina —si bien limitada e imperfectamente— por medio de las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que se reciben juntamente con la gracia³⁸ y elevan el entendi-

(31) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 7, D. 799 (1529);

(32) Cfr. *Ibid.*, can. 11 y 24, D. 821 y 834 (1561 y 1574);

(33) San Agustín, *Confess.* XII, 15, 20;

(34) *Ps.* LXXXI, 6-7;

(35) *Deut.* XXXII, 4;

(36) Pío XI, enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929, D. 2206 (3689);

(37) *Ibid.*, D. 2224; Cfr. Concilio Vaticano II, const. *Lumen gentium*, n. 40;

(38) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 7, D. 800 (1530);

miento y la voluntad humanas para que puedan conocer y amar a Dios en su Unidad de naturaleza y substancia y en su Trinidad de Personas.

*Esta es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la naturaleza humana y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Espíritu Santo*³⁹.

INHABITACIÓN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD EN EL ALMA DEL JUSTO

La elevación al orden sobrenatural es una llamada a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres⁴⁰. La gracia ha divinizado la naturaleza humana, dándole la capacidad de obrar sobrenaturalmente. Las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo han fortalecido y elevado de tal modo la inteligencia y la voluntad del hombre, que ya no actúa humanamente, sino como un dios por participación⁴¹.

*El alma se endiosa: ¡su vida nueva contrasta tanto con la de antes, y con la que a su alrededor encuentra tantas veces! La fe nos dice que un alma en estado de gracia es verdaderamente un alma divinizada*⁴². Incluso en el cuerpo, por influjo del alma en gracia, redundaba esa divinización, como un anticipo de la resurrección gloriosa⁴³.

Este endiosamiento bueno, como gusta de decir el Padre, está fundamentado en una verdad profunda: *por medio de la gracia, Dios inhabita en el alma justa como en un templo, de un modo íntimo y singular*⁴⁴. Se trata de una presencia sobrenatural en el interior del hombre, distinta de la presencia natural por la que Dios mantiene en el ser a todas las cosas, infinitamente más elevada que aquel otro modo —también natural— por el que Dios se hace presente en las criaturas dotadas de entendimiento y voluntad. *En verdad, hasta en el hombre malo aparecen vestigios de la divina potencia y sabiduría; pero de la caridad, que es*

(39) Homilía *El Gran Desconocido*;

(40) *Ibid.*;

(41) Santo Tomás, *In III sent.*, d. 34, q. 1, a. 3;

(42) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 3;

(43) *Ibid.*;

(44) León XIII, enc. *Divinum illud*, 9-V-1897 (D. 3330);

como la nota propia del Espíritu Santo, ninguno es participante más que el justo ⁴⁵. Sólo a quienes están divinizados por la gracia se pueden aplicar las palabras de la Escritura: *¿no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios?* ⁴⁶. La oración contemplativa —comenta el Padre— *surgirá en vosotros cada vez que meditéis en esta realidad impresionante: algo tan material como mi cuerpo ha sido elegido por el Espíritu Santo para establecer su morada..., ya no me pertenezco..., mi cuerpo y mi alma —mi ser entero— son de Dios* ⁴⁷.

El mismo Cristo nos ha revelado este misterio sublime, que el hombre nunca hubiera podido sospechar: *el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir... morará con vosotros y estará dentro de vosotros* ⁴⁸. Si alguno me ama —enseñaba el Señor a los Apóstoles—, *observará mi doctrina, y mi Padre le amará y vendremos a él, y en él haremos morada* ⁴⁹. Esta inhabitación de Dios en el alma es un misterio oculto que, mientras estemos en este destierro terreno, de ningún modo se podrá penetrar con plena claridad ni expresarse con lengua humana ⁵⁰, aunque es posible obtener alguna luz comparándolo con los demás misterios sobrenaturales y con el fin último al que todos están encaminados ⁵¹. Así, se dice que las Personas divinas inhabitan en cuanto que, estando presentes de una manera inescrutable en las almas creadas dotadas de entendimiento, entran en relación con ellas por el conocimiento y el amor ⁵², aunque de un modo completamente íntimo y singular, absolutamente sobrenatural ⁵³.

Esta admirable unión —sigue enseñando el Magisterio de la Iglesia— sólo en la condición y estado se diferencia de aquella en que Dios llena a los bienaventurados beatificándolos ⁵⁴. La criatura humana comienza así a gozar un anticipo de la visión beatífica del Cielo, con la que será posible —de una manera absolutamente inefable— contemplar al Padre; al Hijo y al Espíritu Santo con los ojos de la mente, elevados por luz superior; asistir de cerca por toda la eternidad a las

(45) *Ibid.*;

(46) 1 Cor. VI, 19; Cfr. 1 Cor. III, 16; II Cor. VI, 16; Rom. VIII, 11;

(47) Homilía *Amar al mundo apasionadamente*, 8-X-1967;

(48) Ioann. XIV, 17;

(49) Ioann. XIV, 23;

(50) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943, D. 2290 (3815);

(51) Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 4, D. 1796 (3016); Cfr. Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943, D. 2290 (3815);

(52) Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* I, q. 43, a. 3;

(53) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943, D. 2290 (3815);

(54) León XIII, enc. *Divinum illud*, 9-V-1897 (D. 3331);

procesiones de las Personas divinas, y ser feliz con un gozo muy semejante al que hace feliz a la santísima e indivisa Trinidad ⁵⁵.

En lo que se refiere al modo propio como se realiza esta inhabitación, la Iglesia ha dejado libertad a los teólogos para que lo investiguen, si bien todos han de tener por norma general e indiscutible, si no quieren apartarse de la genuina doctrina y del verdadero magisterio de la Iglesia, lo siguiente: han de rechazar, tratándose de esta unión mística, toda forma que haga a los fieles traspasar de cualquier modo el orden de las cosas creadas e invadir erróneamente lo divino, sin que ni un solo atributo propio del sempiterno Dios pueda atribuírseles como propio ⁵⁶. La inhabitación de Dios en el alma no borra las fronteras entre el Creador y la criatura, la infinita diferencia entre el Ser de Dios y el ser del hombre.

Además, han de sostener firmemente y con toda certeza que en estas cosas todo es común a la Santísima Trinidad, puesto que todo se refiere a Dios como a la suprema causa eficiente ⁵⁷. Aunque de ordinario se atribuya al Espíritu Santo esa inhabitación sobrenatural de Dios ⁵⁸, realmente tiene lugar por la presencia de toda la Trinidad ⁵⁹, ya que todas las operaciones divinas *ad extra* —es decir, aquellas que terminan fuera del mismo Dios— deben referirse a la única naturaleza divina ⁶⁰.

INFLUJO DEL ESTADO DE GRACIA EN LA VIDA MORAL

La gracia santificante diviniza al cristiano y, al imprimir en su alma los rasgos de Cristo, le convierte en hijo adoptivo de Dios y templo de la Trinidad Santísima. Esta semejanza en el ser debe reflejarse necesariamente en sus pensamientos, obras y deseos, de modo que la vida puramente humana deje paso a la vida de Cristo: conviene que *El crezca y que yo mengüe* ⁶¹. Como afirma San Pablo, es preciso tener en el corazón los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo ⁶². Por lo cual, todos los que se glorían de llevar el nombre de cristianos, no sólo han de contemplar a nuestro Divino Salvador como un excelso

(55) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943, D. 2290 (3815);

(56) *Ibid.*, D. 2290 (3814);

(57) *Ibid.*;

(58) Cfr. *Símbolo de Epifanio*, D. 13 (44); *Símbolo mayor de la Iglesia Armena* (D. 48); San Pío V, bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, prop. 13, 63, D.

1013 y 1063 (1913 y 1963);

(59) León XIII, enc. *Divinum illud*, 9-V-1897 (D. 3330);

(60) Cfr. Concilio de Florencia, bula *Cantate Domino*, D. 704 (1331);

(61) *Ioann.* III, 30;

(62) *Philip.* II, 5;

y perfectísimo modelo de todas las virtudes, sino que, además, por el solícito cuidado de evitar los pecados y por el más esmerado en ejercitar la virtud, han de reproducir de tal manera en sus costumbres la doctrina y la vida de Jesucristo, que cuando apareciere el Señor sean hechos semejantes a El en la gloria, viéndole tal como es⁶³.

La vida de Jesucristo —nos enseña el Padre— *se repite en la vida de cada uno de nosotros de algún modo, tanto en su proceso interno, en la santificación, como en la vida externa.* Esta configuración creciente a la que somos llevados por el Espíritu del Señor⁶⁴ tiene como término la semejanza plena y unión con Jesucristo, que se consumará en el cielo. Hasta entonces, Dios mismo realiza su obra dentro de nosotros, mediante la gracia que abundantemente derrama por los sacramentos. *Es necesario que todos los miembros se hagan conformes a El hasta el extremo de que Cristo quede formado en ellos⁶⁵.* Por eso somos incorporados a los misterios de su vida, configurados con El, muertos y resucitados con El, hasta que con El reinemos⁶⁶⁻⁶⁷.

El Espíritu del Señor, que mora en el corazón del justo, da valor sobrenatural a todas sus obras. *El Espíritu divino ayuda a nuestra flaqueza; pues no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo, el mismo Espíritu hace en nuestro interior nuestras peticiones a Dios, con gemidos que son inenarrables⁶⁸.* Por esta acción del Espíritu Santo, la actividad moral del cristiano en estado de gracia puede llamarse y es realmente divina, pues proviene de la acción de Dios y de la libre cooperación humana. Tan necesaria es esa cooperación del esfuerzo humano —humilde y sincero— que el Magisterio de la Iglesia previene del peligroso error de los que pretenden deducir de nuestra unión con Cristo una especie de quietismo disparatado, que atribuye únicamente a la acción del Espíritu divino toda la vida espiritual del cristiano y su progreso en la virtud, excluyendo por lo tanto y despreciando la cooperación y ayuda que nosotros debemos prestarle.

Nadie, en verdad, podrá negar que el Santo Espíritu de Jesucristo es el único manantial del que proviene a la Iglesia y a sus miembros toda virtud sobrenatural... Sin embargo, que los hombres perseveren

(63) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943; Cfr. I Ioann. III, 2;

(64) Cfr. II Cor. III, 18;

(65) Cfr. Galat. IV, 19;

(66) Cfr. Philip. III, 21; II Tim. II, 11; Ephes.

II, 6; Colos. II, 12;

(67) Concilio Vaticano II, const. *Lumen gentium*, n. 7;

(68) Rom. VIII, 26;

constantes en sus santas obras, que adelanten con fervor en gracia y en virtud, que no sólo tiendan con esfuerzo a la cima de la perfección cristiana, sino que también estimulen en lo posible a otros a conseguirla, todo esto el Espíritu celestial no lo quiere obrar sin que los mismos hombres pongan su parte con diligencia activa y cotidiana⁶⁹.

La actividad moral del cristiano debe orientarse a colaborar con el Señor en la tarea de su propia santificación, quitando obstáculos a la acción del Espíritu Santo y realizando obras gratas a Dios. *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y dar cumplimiento a su obra*⁷⁰. En la práctica, esta necesaria cooperación humana puede sintetizarse —a ejemplo de Cristo— en tres puntos principales: docilidad a las inspiraciones divinas, vida de oración, espíritu de penitencia.

Docilidad, en primer lugar —escribe el Padre—, *porque el Espíritu Santo es quien, con sus inspiraciones, va dando tono sobrenatural a nuestros pensamientos, deseos y obras. El es quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera. Si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre. Los que son llevados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14)...*

Vida de oración, en segundo lugar, porque la entrega, la obediencia, la mansedumbre del cristiano nacen del amor y al amor se encaminan. Y el amor lleva al trato, a la conversación, a la amistad. La vida cristiana requiere un diálogo constante con Dios Uno y Trino, y es a esa intimidad a donde nos conduce el Espíritu Santo. ¿Quién sabe las cosas del hombre, sino solamente el espíritu del hombre, que está dentro de él? Así las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios (I Cor. II, 11). Si tenemos relación asidua con el Espíritu Santo, nos haremos también nosotros espirituales, nos sentiremos hermanos de Cristo e hijos de Dios, a quien no dudaremos en invocar como a Padre que es nuestro (cfr. Galat. IV, 6; Rom. VIII, 15)...

Unión con la Cruz, finalmente, porque en la vida de Cristo el Calvario precedió a la Resurrección y a la Pentecostés, y ese mismo

(69) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943; (70) *Ioann.* IV, 34;

*proceso debe reproducirse en la vida de cada cristiano: somos —nos dice San Pablo— coherederos con Jesucristo, con tal que padezcamos con El, a fin de que seamos con El glorificados (Rom. VIII, 17). El Espíritu Santo es fruto de la Cruz, de la entrega total a Dios, de buscar exclusivamente su gloria y de renunciar por entero a nosotros mismos*⁷¹.

*Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos, y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina, y por lo mismo realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron*⁷².

*Para alcanzar este fin sublime a que Dios llama, el verdadero cristiano debe vivir la vida sobrenatural en Cristo, que es nuestra vida*⁷³, *y manifestarla en todas sus operaciones para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nuestra carne mortal*⁷⁴⁻⁷⁵. La divina semilla que ha arraigado en el alma —vida de conocimiento y de amor a la Trinidad Santísima— llegará a su pleno desarrollo en el Cielo si el cristiano se esfuerza en la tierra por realizar —con el auxilio divino— acciones morales correspondientes a su nueva existencia. *Desnudados del hombre viejo con sus acciones —resume San Pablo— y vestíos del nuevo, de aquél que por el conocimiento de la fe se renueva según la imagen del que le creó*⁷⁶, hasta que, *contemplando cara a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, seamos transformados en la misma imagen de Jesucristo, de claridad en claridad, como iluminados por el Espíritu del Señor*⁷⁷.

(71) Homilía *El Gran Desconocido*;

(72) Concilio Vaticano II, const. *Lumen gentium*, n. 40;

(73) Cfr. *Colos.* III, 4;

(74) *II Cor.* IV, 11;

(75) Pío XI, enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929;

(76) *Colos.* III, 9-10;

(77) *II Cor.* III, 18.